

Alfonso Guillén Zelaya

**La inconformidad
del hombre**

**Selección de textos y presentación de
Pompeyo del Valle**

Segunda Edición, agosto 2008

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*

© *Banco Central de Honduras*

Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Rodolfo Pastor Fasquelle, Secretario de Estado

Rebeca Becerra, Directora General del Libro y el Documento

Autoridades Banco Central de Honduras

Edwin Araque

Concejo Editorial

Óscar Acosta

Marcos Carías Zapata

Héctor Leyva

Salvador Madrid

Eduardo Bärh

Rebeca Becerra

Cubierta

Claro de luna, acrílico de Moisés Becerra

Diagramación y Diseño

Doris Estrella Lainez Aguilar

ISBN

978-99926-10-85-5

Editorial Cultura

Printed in Honduras

Impreso en Honduras

PRESENTACIÓN

En Honduras las impresiones y reimpresiones de libros de diferentes agentes editores (personas y empresas), anualmente se encuentra entre 250 a 350 títulos en diversas áreas del conocimiento: literatura, ciencias sociales, folklore, textos educativos, ciencias jurídicas, entre otras.; produciendo, principalmente las reimpresiones y/o reediciones que en la actualidad la mayoría de las obras de autores –as hondureñas clásicos y claves de la literatura hondureña se encuentren agotados, dificultando los estudios históricos y análisis literarios, y conduciendo a generar su desconocimiento por parte de la ciudadanía hondureña, principalmente de los jóvenes. Según estudios del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe-CERLALC, Honduras y El Salvador son los países de Latinoamérica donde se registran las cifras más bajas en edición y reedición de libros, haciendo énfasis que en Honduras la mayoría son esfuerzos de los mismos autores y autoras. Hasta el momento carecemos de recopilaciones de obras completas de autoras tan importantes como Clementina Suárez, poeta renovadora de la poesía hondureña y premio nacional de literatura, o la obra de Arturo Martínez Galindo y Andrés Morris para ejemplificar entorno a la poesía, el relato y el teatro. Muchas de estas obras en sus primeras ediciones permanecen resguardadas en el Fondo Antiguo Hondureño de la Biblioteca Nacional de Honduras y en la Colección Hondureña de la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes a través de la Dirección General del Libro y el Documento ha adquirido el compromiso de acrecentar la bibliografía nacional por medio de la edición y reedición con fondos asignados a su presupuesto anual como con colaboraciones de instituciones públicas y/o privadas.

Al igual que sus homólogas de América Latina el **Banco Central de Honduras** tiene una vocación cultural institucional y se ha comprometido con el sector cultural en varios proyectos de importancia para el país. Es con el apoyo de su presidente, licenciado **Edwin Araque**, se ha hecho posible la publicación de 5 libros: *Soñaba el abad de San Pedro* de José Cecilio del Valle, *Anecdotario hondureño* de Froylán Turcios, *Lo esencial* de Alfonso Guillén Zelaya, *Panorama de la poesía hondureña* de Oscar Castañeda Batres y *Morazán, el caballero de la revolución* de Baldomero Serrano. Los beneficiarios directos son las y los jóvenes de nuestro país que asisten a las bibliotecas públicas en busca de información sobre nuestra literatura y nuestra historia, los investigadores e investigadoras, los escritores y escritoras que se encuentran en formación y todos los que comprendemos que la lectura es fundamental para el desarrollo y la formación del individuo.

La Secretaría de Cultura, Artes y Deportes se siente agradecida por este aporte desinteresado porque invertir en la producción bibliográfica fortalece nuestra identidad nacional a través del pensamiento, la investigación y la creación literaria.

Al inconforme lector

Ofrecemos diez textos escogidos de Alfonso Guillén Zelaya. El primero de ellos, La inconformidad del hombre, cuyo título hemos adoptado para estas analectas, pertenece a una conferencia suya, pronunciada en 1945 el día de la inauguración de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, a un año escaso del triunfo de la Revolución de Octubre.

La ceremonia académica congregó a algunos de los más altos representantes de la intelectualidad hispanoamericana de la época: Sofonías Salvatierra, de Nicaragua; Roberto Brenes Mesén, de Costa Rica; Francisco Gavidia, de El Salvador; Enrique Muñoz Meany, de la propia Guatemala; Alfonso Reyes, de México; Juan Marinello, de Cuba; Juan Bosch, de la República Dominicana; Luis Recanses Siches, de España, y nuestros compatriotas Guillén Zelaya y Rafael Heliodoro Valle.

Los nueve títulos restantes que acompañan a este trabajo inicial fueron publicados en revistas y periódicos de Tegucigalpa y de la capital mexicana, en diversos tramos del tiempo. Todos ellos tienen como centro de su preocupación el destino de los hondureños, de los centroamericanos y aun de la humanidad entera.

Las aquí reunidas son páginas de meditación, de lucha indeclinable, de belleza y de esperanza. Ojalá que, a su influjo, pueda el lector dar un sentido positivo a su propia y deseable inconformidad "que no admite la inercia ni la capitulación".

Pompeyo del Valle

Tegucigalpa, agosto de 2002

La inconformidad del hombre

Es condición del hombre que llega a la madurez hacer la revisión de su vida para ver en la trayectoria de su desarrollo el desfile de sus aciertos y de sus errores e imaginar, al mismo tiempo, frente al balance obtenido, ese otro desfile de lo que pudo ser, si hubiese ensayado actividades distintas, orientadas a la conquista de metas diferentes.

Sin duda esta necesidad de revisión no haya sido en los primeros hombres sino remembranza narrativa, para convertirse más tarde, por el progreso del conocimiento, en una actitud crítica y filosófica; pero de todas maneras, revisar el pasado es imperativo vital del hombre, como que la propia naturaleza intensifica en el viejo la capacidad de recordar los sucesos fenecidos y disminuye su retentiva para los que se producen en el presente. Se ve que si en el viejo no se extingue radicalmente el anhelo de crear, más le hostiga la nostalgia de lo que pudo haber creado y el afán de extraer de su experiencia las enseñanzas que aplicaría a su desarrollo si volviera a empezar la vida. El joven, en cambio, no mira el pasado, sino el porvenir. No vuelve la mirada hacia el ocaso, sino hacia la aurora.

Si se pudieran fotografiar las concepciones de nuestra mente, nada sería tan interesante, tan instructivo y tan dramático, como la contemplación objetiva de las diversas revisiones individuales. Veríamos entonces algo que nunca hemos podido ver: la verdad entera del hombre. Este es el gran mérito de las autobiografías cuando no son verdades convencionales y exhiben con un máximo de sinceridad la trayectoria de una vida.

Seguramente nos sentimos satisfechos de muchos de nuestros actos; aprobamos, sin arrepentimientos, algunos que la generalidad podría condenar o que infaliblemente condenaría; otros nos sonrojan o nos empequeñecen, varios nos son indiferentes pero el balance, aunque resulte favorable, no logra convencernos de que nada más ni mejor hubiésemos podido hacer. Siempre creemos que han existido en nosotros potencias creadoras que no supimos descubrir, explotar ni encauzar o que sólo conseguimos sorprender cuando ya nos faltaban el tiempo y las fuerzas requeridas para tornarlas fecundas.

El hombre no es un juez severo de sí mismo, y si bien es capaz de reconocer un número apreciable de sus errores y darse cuenta de muchas de sus limitaciones, generalmente y casi siempre con razón atribuye sus deficiencias y sus desaciertos a circunstancias especiales que estorbaron o torcieron su camino, y también a causas ajenas a su voluntad que le impidieron actuar libre de los prejuicios y de los obstáculos circundantes. Nunca se declara incapaz ni vencido y pocas veces culpable. De ahí que no podamos encontrar hombres que íntimamente no crean que pudieron ser más de lo que son. Y precisamente aquí radica la mayor de las virtudes humanas: el afán y la seguridad de superación.

No falta el ingeniero o el médico que se siente un pintor defraudado; ni es raro encontrar artistas con pretensiones de hombres de negocios ni avaros que lamenten no haber sido generosos; ni santos a quienes no inquieten las

licencias del impuro. Aun el hombre de genio encuentra pequeño el caudal de sus realizaciones y muere pensando que se van con él ideas portentosas.

No son pocos, es verdad, aquellos que trabajan con cariño y constancia en su profesión y están seguros de que para ella nacieron; pero cualquiera que sea el campo de nuestras actividades, cualesquiera nuestras obras y la forma en que hemos vivido y luchado, la verdad es que todos hemos de bajar a la tumba insatisfechos, creyendo que si hubiésemos actuado de manera diferente, inspirados por estímulos distintos y métodos y dirección más adecuados, habríamos alcanzado metas mejores o vivido con menos desaciertos y caídas.

Nadie cree haber extraído todos los tesoros sepultos en la propia mina. Todos sentimos que algo valioso se ha quedado en sus entrañas. Y además, como si las ideas aprisionadas perdieran la fuerza y el fulgor que les atribuíamos al concebirlas, no podemos sustraernos al dolor de ver que se empequeñecen y se opacan, a poco de concretarse en la realidad de la obra.

Destellos y tinieblas, triunfos y caídas, miserias y grandezas, la dicha alternando con la decepción y la tragedia, todo cuanto la vida tiene de risueña y de lúgubre, de creadora y destructora, hay en este ser excepcional y contradictorio, que es el hombre.

Pero junto a las revisiones parciales que hace el hombre-individuo, está la revisión total del hombre-humanidad.

También la humanidad revisa su trayectoria. También ella se entrega a contemplar el desfile real de su desarrollo, lo mismo que a la función imaginativa de juzgar lo que pudo ser si hubiese caminado por otras rutas, libre de impulsos dispersos y de actitudes egoístas, hacia metas diferentes.

En el panorama retrospectivo, que se extiende ante sus ojos poblado de estrellas y de lodo, de santidad y de inmundicia, de heroísmos y cobardías, de amor y de sangre, de excelsitudes y de bajezas; puede ver cómo se confunden la traición y la lealtad, la victoria y la derrota, el infortunio y la dicha, la opulencia y la inopia.

Y en el panorama imaginativo -que es en el hombre remanente inmortal de juventud y de porvenir- sorprende cómo, mediante algunos estímulos y rectificaciones, con obstáculos menos poderosos y con prejuicios menores, al amparo en fin, de especiales oportunidades y fuera de circunstancias hostiles, la que ha sido una obra trunca o una vida frustrada, quizá pudo construir una obra o una vida plena de perfección.

Hemos perfeccionado los métodos de cultivo. Las máquinas han disminuido enormemente los costos de producción y aumentado el rendimiento de las cosechas; pero hemos limitado en muy escasa medida el esfuerzo de trabajo; el pan de cada día escasea en millones de hogares y hasta en pueblos enteros, y

el agotamiento físico, intensificado por el hambre, mata cifras aterradoras de nuestros semejantes.

Hemos construido ciudades gigantescas, cuyas habitaciones vuelve acogedoras y confortables su adecuada distribución, su decorado exquisito, su cómodo mobiliario y hasta la facilidad de regular la temperatura de acuerdo con nuestros hábitos y necesidades; desde estas habitaciones, sin necesidad de salir de ellas, podemos estar en comunicación con el mundo e impartir nuestras órdenes sobre las cosas más grandes y más ínfimas; pero todavía una impresionante cantidad de seres humanos vive a la intemperie o en condiciones casi cavernarias.

Hemos construido grandes fábricas, de donde salen a los mercados del mundo las más ricas y variadas telas, en cantidades capaces de vestir adecuadamente a todos los seres humanos. Sin embargo, todavía hay sobre la tierra gentes sin posibilidades siquiera mínimas de existencia civilizada, que viven semidesnudas, sufren las inclemencias del frío y perecen desamparadas ante el silencio indiferente de quienes arrojan las telas -dizque por falta de consumidores- al fondo de las llamas y de los mares.

La ciencia médica ha logrado progresos admirables. Hemos superado la medicina preventiva y los métodos curativos. Casi todas las enfermedades infecciosas se combaten eficazmente. Sin embargo, son incontables las vidas que perecen por falta de higiene, de médico y de medicinas.

Hemos construido escuelas y universidades, acrecentando el personal que difunde la enseñanza y perfeccionado los métodos educativos; pero una gran masa de la población del globo vive en la ignorancia y es arrastrada a las guerras, sirviendo intereses inconfesables, bajo banderas de fanatismo, de arrogancia y de codicia.

Podemos sostener conversaciones de uno a otro extremo del planeta, oír música, escuchar oradores y actores desde todas partes y en todas partes; aun es ya posible estar viendo a través de la distancia a los mismos que conversan, tocan, peroran y actúan; en unos cuantos minutos, frente a una pantalla cinematográfica, podemos ver pasar todos los países de la tierra, con sus mares y sus ríos, con sus llanuras y sus montañas, con sus ciudades y sus villorrios, con sus bellezas y sus inmundicias; en un esfuerzo hacia la inmortalidad, hemos logrado objetivizar el recuerdo de los que ya murieron, perpetuando sus figuras, sus movimientos, sus gestos, su voz, verles, en fin, como cuando eran vivos; hemos transformado las plantas en tamaño y en belleza y hasta hemos creado nuevas especies; el mismo día podemos estar en sitios a los que antes sólo nos era dable trasladarnos en meses y aun en años; hemos logrado, mediante el deporte, darle hermosura y vigor a nuestros cuerpos; poseemos avanzadas instituciones políticas; la riqueza acumulada alcanza cifras astronómicas; contamos con instituciones de beneficencia y existen gentes caritativas que prestan su contribución en favor de los necesitados.

Todo esto significa que la velocidad -que empequeñece al espacio y al tiempo- se haya bajo nuestro imperio; que poseemos la sabiduría y los medios para perfeccionar nuestra existencia y dotarla de libertad y de justicia; en suma, que la técnica y la cultura han podido hacer la vida más libre, más cómoda, más alegre, más agradable, más digna. Sin embargo, el problema está en pie.

Para millares y millares de hombres, las distancias siguen siendo las mismas: recorren los caminos del mundo, con la lentitud de sus propios pies, bajo los resisteros y las lluvias, encorvados por pesos que los deforman y los abaten, mientras ven pasar los aviones, los ferrocarriles, los automóviles y los barcos. Y luego, los registros aduanales, los pasaportes y demás requisitos impuestos al que viaja, menoscaban y casi anulan las facilidades de la velocidad, favorecen el aislamiento del hombre e impiden una mayor compenetración entre los pueblos.

Con todo nuestro progreso y nuestra sabiduría, no hemos conquistado el pan; no hemos conquistado nuestra liberación económica y política, no hemos conquistado el amparo de un techo; no hemos conquistado la salud; no hemos liquidado el analfabetismo. Más de la mitad de la raza humana padece hambre, vive en covachas o en la intemperie, peor vestida, semidesnuda, enferma, ignorante, esclavizada por tiranías de toda índole, acobardada, embrutecida por todos los temores y por todos los dolores. Este es el panorama que se extiende ante nuestra mirada, a lo largo del espacio y del tiempo. El bienestar del hombre es todavía una esperanza.

Pero estamos dentro de una revolución mundial. Ha sido creada por nuestro progreso, nuestra angustia y nuestra batalla. No podemos eludirla ni ignorarla. Y de esa revolución no están excluidos los pueblos centroamericanos. Oprimidos y pobres, atrasados y débiles, jamás han capitulado. No somos ajenos a la inquietud del mundo. Nos han sacudido su dinámica y su sed de redención, con todo su heroísmo y con toda su tragedia. Los centroamericanos no nacemos sobre la superficie de la tierra, sino debajo de la tierra. Tenemos que gastar tiempo y lucha y sangre para romper la pesada costra que nos cubre al nacer, a fin de darnos cuenta de que existe la luz. Nuestro esfuerzo es más difícil, más doloroso e intenso que el de pueblos afortunados que nacen en contacto con los progresos de la técnica, con las conquistas de la cultura y cuentan con oportunidades que nosotros nunca hemos tenido.

No somos incapaces y perezosos. Lo que nos falta son estímulos, horas propicias, cooperación y no inteligencia ni voluntad de superarnos. Pero ya empezamos a horadar el sepulcro, ya entrevemos el alba y el día llegará en que el mundo nos verá caminando, unidos y resueltos, hacia la conquista de nuestros derechos y aspiraciones.

No estamos conformes en la dispersión, y aspiramos a reintegrar nuestra patria grande. No estamos conformes con nuestra miseria, y aspiramos a vivir libres de las torturas del hambre, de la semidesnudez y de la intemperie. No estamos conformes con nuestra ignorancia, y aspiramos a ser factores en las tareas del

progreso y de la cultura. No estamos conformes con nuestra insalubridad, y aspiramos a liquidar el asedio de las enfermedades que nos diezman, para conquistar el vigor, la alegría y el entusiasmo fecundos de la salud. No estamos conformes con el anacronismo bárbaro de las dictaduras que todavía quedan en algunos de nuestros Estados, y aspiramos a vivir, de uno a otro extremo de nuestras fronteras, bajo un sistema popular de gobierno. No estamos conformes con la hostilidad ostensible hacia los pocos regímenes democráticos que poseemos, mientras el silencio de la tolerancia y hasta la voz de la aprobación y del elogio se emplean para tratar a las tiranías.

Nuestra revolución --la revolución centroamericana- es hija de la revolución mundial. Hay quienes no la ven o pretenden no verla, porque tienen de nosotros un concepto tan ínfimo, tan deplorable, que no nos conceden beligerancia. Ni siquiera están seguros de que somos parte del mundo. Hay otros que juzgan posible frustrar nuestra lucha, en vez de apresurarse, para su bien, a estimularla y dirigirla.

Los obstáculos que necesitamos vencer son múltiples y poderosos. De un lado están los intereses creados y de otro los prejuicios y las ambiciones menudas. Si nuestra juventud no se agrupa en una fuerza solidaria y comprensiva, para poner sus mejores virtudes al servicio del unionismo, del progreso y de la democracia, sin regateos ni vacilaciones y sobre bases que distan mucho de los fanatismos políticos caducos, intransigentes y violentos que han normado tradicionalmente nuestras luchas, los días oscuros del egoísmo y de la dispersión seguirán viviendo. Para que la juventud centroamericana pueda ser una fuerza decisiva en los destinos de Centroamérica y vivir su hora de sol, necesita interpretar los reclamos de la intuición popular e incorporarse a las grandes corrientes de renovación que en todos los países, desde los más grandes hasta los más humildes, exigen que la democracia impere como expresión legítima de todos los derechos y de todos los beneficios que su régimen, si se cumplen efectivamente sus postulados, puede dar a los pueblos.

Y también es necesidad inaplazable que nuestros hombres de negocios se constituyan en un gran bloque, unidos al pueblo para cooperar mutuamente al desarrollo de la patria común.

De otro modo, aunque Centroamérica no esté en las mismas condiciones de ayer, aunque hayamos horadado el sepulcro y entrevisto la luz, aunque contemos con algunas fuerzas conscientes de la lucha en que nos encontramos comprometidos, de nada servirá que en estos momentos no quede un solo país americano en donde las organizaciones democráticas no reconozcan la justicia de nuestra causa y se dispongan a prestarnos su estímulo y su apoyo.

Para no quedarnos solos en la batalla, para no condenarnos al atraso y a la opresión indefinidas, para que la victoria contra la tiranía que acaba de lograr el mundo, no sea para nosotros una derrota, necesitamos liquidar nuestras anticuadas formas de lucha. Debemos convencernos de que la violencia solo es

fecunda, sólo produce frutos perdurables, cuando previamente se han creado las bases sobre las cuales edificar el porvenir.

Ni la democracia, ni la libertad, ni la liberación económica son hijas de la improvisación. Son obras del esfuerzo perseverante y organizado. Para que Centroamérica pueda aprovechar las posibilidades democráticas que el desarrollo de esta guerra ha hecho nacer, es necesario que preste su apoyo, decidido y firme, a la consolidación del movimiento revolucionario guatemalteco, recordando que en él radica actualmente la mayor fuerza con que contamos para redimirnos, sobre todo si se toma en cuenta que raras veces, aun en los países más avanzados, llegan al poder hombres que, como Juan José Arévalo, batallan con sinceridad por hacer efectivos los derechos de sus pueblos, escriben libros, fundan instituciones de cultura y figuran ellos mismos entre sus más distinguidos mentores.

Nuestra actitud, para ser fecunda, debe ser consciente y organizada. Pero hagamos una recapitulación de nuestras ideas y preguntémonos si no habría medio de que la revisión individual y total que hace el hombre no fuese tan dramática, empleando los medios y la sabiduría que poseemos.

Si estableciéramos una convivencia más justa, sería posible que la ciencia y las oportunidades no dejaran ignoradas ni perdidas las vocaciones y las aptitudes, siquiera fuesen fundamentales, del hombre. Cada ser humano podría saber con mayores posibilidades de acierto, para qué sirve mejor y contar, a su vez, con los medios y la dirección necesarios para encauzar debidamente sus virtudes, cultivarlas y hacerlas florecer.

Nunca podríamos suprimir, desde luego, la queja de haber nacido con dotes inferiores o distintas de las que hubiéramos deseado poseer; pero fuera de esta limitación consubstancial, el balance de cada una de nuestras vidas estaría más acorde con sus propias posibilidades, las revisiones individuales y colectivas serían menos impresionantes y nuestros reproches estarían dirigidos más contra el destino que contra nosotros mismos y contra los obstáculos, prejuicios e injusticias que impiden el avance solidario de la humanidad.

Sin embargo, de uno o de otro modo, dentro de la justicia y de la injusticia, por causas naturales o extrañas a nuestras verdaderas inclinaciones y aptitudes, la fuente de la inconformidad bulle en la conciencia del hombre, dinámica, impulsiva y persistente, siempre resuelta a despejar rutas y señalar metas superiores a su angustia batalladora y progresiva. El hombre es la historia y es el destino.

La inconformidad nos ha dado conquistas portentosas. Nos ha elevado a una gigantesca torre desde la cual podemos evocar las miserias, las debilidades y las penalidades del hombre primitivo, el cual hoy, a la distancia de los milenios, nos parece tan mínimo, tan inerte, tan atribulado por las fuerzas y los acechos hostiles de la naturaleza, que nos cuesta comprender cómo pudo sobrevivir y engrandecerse en proporciones tan magnas que le han convertido en el ser

más poderoso de la creación. Hoy el hombre compite con la naturaleza, se enfrenta a sus fuerzas más ingentes, le ha arrebatado muchos de sus secretos que parecían impenetrables y múltiples veces la domina.

Podíamos estar orgullosos de nuestra trayectoria. De nuestro punto de partida a lo que somos, el ascenso tiene todos los perfiles del prodigio y del milagro. No obstante en todas partes la humanidad descubre y siente que sus miserias apagan el fulgor de sus conquistas. No está satisfecha de su balance y no sólo sueña en lo que pudo ser, sino en lo que puede ser antes de cerrar el último capítulo de su historia.

No somos felices. Y ahora que el dominio de la fuerza atómica involucra el imperativo de una revolución industrial que apresuraría la revolución mundial, provocando la organización de una vida mejor, reduciendo al mínimo los esfuerzos materiales, eliminando la incertidumbre, distribuyendo la abundancia, creando el bienestar de todos para elevar a planos de excelencia las conquistas del espíritu y robustecer nuestro sentido moral, nos sobrecoge de espanto pensar que esta fuerza redentora, también puede destruir no sólo al género humano, sino a la tierra misma, convirtiéndola en un invisible grano de polvo que rueda perdido en la inmensidad del universo, y no sabemos si utilizarla o conservarla ignorada, paralizando el progreso. Después de haber vivido toda nuestra historia bajo el suplicio de Tántalo, cuando la felicidad se pone al alcance de nuestras manos, no nos atrevemos a cogerla.

¿Será que el dominio de la energía cósmica, marca el límite de nuestra ascensión? ¿Está en ella el secreto de nuestra felicidad, y si la conquistamos pereceremos? ¿Es que la vida, para ser grande y amable, para ser dinámica y progresiva, necesita ser luz y fango, cima y abismo, justicia e inequidad? ¿Siempre hemos de vivir bajo la pugna de fuerzas, actitudes, ideas y emociones contradictorias? ¿Es ésta la tragedia del hombre?.

Ciertamente no podemos encadenar el destino. Tántalo tiene que llevar sus manos al manantial y al árbol, tomar el agua y cortar el fruto, para aplacar su sed y mitigar su hambre. Prometeo tiene que encontrar siempre quien lo libere, y la civilización seguir adelante. No es posible que la humanidad cierre su historia sin antes conceder a los pueblos infortunados, a los pueblos esclavos, a los que nunca han vivido, la oportunidad de vivir. También ellos padecen la angustia y el rigor de la inconformidad. Confiemos en el porvenir. El hombre sabe que no se ha fugado ni ha perdido la esperanza.

Bendigamos la inconformidad, pero no la inconformidad negativa, que reniega del progreso y aspira al conformismo de paralizar la marcha de la vida, sino la inconformidad positiva, que estimula y magnifica las aspiraciones humanas, que es esencia creadora del hombre y no cesa de buscar nuevas rutas y nuevas esperanzas a la realización de la paz, de la libertad y de la justicia en el mundo.

Bendigamos la inconformidad que no admite la inercia ni la capitulación. Ella es acicate del destino. Por ella canta la alondra y tendrá que ser voz de libertad el

iris silencioso del quetzal. Por ella, después de esta catástrofe, existe un reclamo de justicia en cada escombros y arde una estrella de redención en cada horizonte.

Acción organizada en Centro América

Lucha individual

El destino hay que conquistarlo. Raras veces, si es que alguna, llega como improvisación o constituye un presente del azar. Frente al juego de las oportunidades, todo ser humano ha de construirlo luchando contra numerosas fuerzas hostiles, unas íntimas y otras externas. De esta lucha se puede salir derrotado, sin que esto niegue que a cada uno corresponde la tarea esencial en la edificación de sí mismo y sí afirme que por deficiencias personales o por una incontrarrestable superioridad de los factores hubo de ser vencido.

Hay vidas que no quieren pelear contra sus negaciones internas ni contra los obstáculos exteriores, y hay otras que prefieren ignorarlo todo. En la mente de ambas se acomodan la indolencia y la duda de cuantos nacieron para someterse.

En el fondo del indolente, del escéptico, no hay sino capitulación y egolatría. Uno y otro rehuyen las contingencias de la lucha por no exponerse a sus heridas, como si para vivir ileso bastara permanecer con las manos en alto. Zánganos en cuya balanza jamás cayó un gramo de aventura, creen que la existencia es demasiado corta para jugarla y prefieren vivir al margen del tumulto en que los antagonismos de la historia cruzan sus espadas.

No es que estos seres desprecien la felicidad. La recibirían jubilosamente si les llegara sin esfuerzo, sin dolor y sin peligro. Es que para no exponerse se resignan a vivir de cualquier modo y sólo aceptan la superación como una lotería y para sí mismos exclusivamente.

Ignoran, porque no se deciden a la prueba, que la mayor y quizá la única dicha del hombre está en las propias contradictorias contingencias de la pelea constante, tanto para contribuir a su grandeza individual y a la de su patria, como para aportar un grano de arena a la pirámide del progreso humano.

La pasividad de la existencia, el renunciamiento a la victoria por miedo a las consecuencias que implica su conquista, es tedio y defunción. La vida sólo tiene colorido e incentivos creadores al paso de sus múltiples alternativas y preocupaciones. Sólo ellas impulsan a la historia y arrebatan trincheras al destino. En la trayectoria del luchador, el fracaso es sólo un incidente cargado de promesas fecundas. Es una experiencia que robustece su brazo, amplía su visión del mundo y le prepara el camino del porvenir, que es fuente de juventud. Sólo el luchador no envejece. El que perdida la fe y roto el impulso creador halla marchita su esperanza, está decrepito o es un muerto.

El mundo vive y el progreso es posible porque sus fuerzas positivas aman la pelea y creen en la aurora. Pero pelear no es primordialmente el choque físico y prematuro con las fuerzas que nos hostilizan. Pelear es, antes bien, una actitud creadora que no destruye sino cuando ya tiene en el puño las simientes que ha

de arrojar en los surcos del progreso. Como la vida, la auténtica lucha es todo previsión.

Pelear no significa el sacrificio estéril, y por lo mismo impone el estudio sereno y hondo de las propias deficiencias y capacidades como premisa esencial a la organización del propio esfuerzo, para luego proceder a la sustitución de lo negativo por aquello que corresponde a las necesidades y características de una realidad que habremos de superar.

Lucha popular

Pero una es la lucha de cada uno por su destino individual y colectivo, y otra la lucha de los pueblos por el destino común de la patria y de la especie.

Los pueblos con valentía creadora no pueden formar en las filas del escepticismo ni de la indolencia. Tampoco han de actuar como desesperados que retardan su liberación con incoherentes e intempestivas erupciones de violencia, ni refugiarse en un aislamiento suicida.

Sin que pueda acusársenos de perder el tiempo, los pueblos centroamericanos podemos desarrollar la lucha contra las dictaduras que todavía padecemos, dando estabilidad, con la cooperación de todos, a los regímenes democráticos que poseemos. Y no cabe desesperar. Si geográfica, racial, espiritual y tradicionalmente, por esencia histórica, somos una sola entidad nacional, la acción pacífica puede organizar sus fuerzas en los espacios de territorio que controlan los gobiernos democráticos de este o aquel Estado, y ya se sabe que la organización -parte esencial y necesaria de toda lucha efectiva- no es un aplazamiento.

Hay que hacer cuanto nos sea dable para ir a la victoria armados de la capacidad requerida para no equivocarnos en la apreciación de las condiciones reales de nuestra vida nacional y del mundo, porque sólo de esa manera no fallaremos en la construcción de una estructura que imponga y consolide la unidad y la justicia en Centro América.

Hay que creer en nosotros mismos y prepararnos empeñando la constancia bien dirigida que demandan las grandes luchas, a fin de reintegrarnos y redimirnos con la madura firmeza de quienes nunca más volverán a desesperarse ni a perder su libertad y estarán listos para emprender, a su amparo, las subsiguientes batallas por la conquista de su destino. A las alucinaciones del romanticismo tradicional, debe suceder el conocimiento claro de los hechos, la entereza consciente, la convicción invulnerable de que las victorias efectivas, las que no se conquistan por la mañana para ser fracaso al anochecer, sólo son posibles, en el hombre y en los pueblos, a través del esfuerzo tesonero, estudioso y organizado.

Esas son las condiciones principales que debemos cumplir -desde el poder, si estamos en él, o desde abajo, si estamos en la oposición- para eliminar las causas que hacen posible la vida de la tiranía en nuestros pueblos y establecer enseguida, sobre cimientos perdurables, sin espejismos ni precipitaciones, una verdadera arquitectura democrática.

Es imperioso consagrarse al estudio, al análisis de nuestra historia, fuera de prejuicios, de odios y de engaños, frente a las posibilidades que nos ofrece nuestro propio medio y el internacional. Sólo así podremos formular el plan de acción adecuado a nuestra vida libre y a nuestro progreso.

No debemos eludir esta forma de lucha, si deseamos liquidar el pasado infeccioso y vivir como un pueblo políticamente sano. Eludirla sería empeñarnos en continuar como enfermos incurables, uncidos a la misma peste de la dispersión y de los errores ancestrales que nos mantienen siendo esclavos.

Acción organizada

El estudio y el análisis interior, la organización de nuestras fuerzas, la observación cuidadosa e inteligente de la situación del mundo, no significan ni imponen un pacifismo incondicional. Nadie duda que cuando el terror, la persecución y la inseguridad hacen imposible otra actitud pacífica que la de resignarse a la esclavitud y a la muerte, la violencia se torna en un imperativo de la libertad y de la vida y a ella, desgraciadamente, ha de llegarse.

Lo que deseamos precisar es que la violencia no ha de convertirse en un instrumento que propicie victorias efímeras o remache cadenas por anticiparse a la acción organizada y oportuna en donde descansan las verdaderas evoluciones populares.

La unidad interior de cada Estado centroamericano y, seguidamente, la de todos ellos entre sí es la ruta de nuestra liberación. La unidad es ideal que no puede ni debe morir. Sangre y destino de nuestra vida, ha de conservarse hecho conciencia por la devoción de cinco pueblos que como centinelas permanentes custodian su inmortalidad.

Condiciones esenciales de buen gobierno

Estas falsas democracias que en un siglo de pugilato permanente no han aprendido todavía a ser libres, tienen entre sus muchos errores, el de no haber sabido escoger sus hombres en las grandes crisis de su historia. El mérito positivo, la honradez, el talento y la experiencia que son factores capitales para enfrentar y resolver los problemas de la nación, no fueron siempre los que se tomaron en cuenta, sino otros que no respondían a las necesidades de la República, ni a los imperativos del momento histórico.

El caso no es sólo nuestro; su radio se extiende a la mayor parte de las naciones del continente, que rinden homenaje todavía al cacique y al ídolo político, productos naturales de nuestro medio convulsivo y esporádico. En tales ambientes, la audacia y lo imprevisto han jugado papel casi permanente, y los acontecimientos y el destino mismo de estos pueblos, han sido influenciados fatalmente por aquellas causas generatrices.

Los países de vida organizada no proceden así; ellos escogen a sus más altos y legítimos representantes, después de un estudio sereno y comprensivo de sus antecedentes. Es decir, teniendo el firme propósito de llegar a un efecto deseado para bien del procomún, preparan primero la causa, mediante la escogencia de un auténtico exponente honroso de la nación.

Pero en todo caso, tanto en los países organizados como en los que llevan vida bochinchera, siempre se ha creído, y así lo confirman las enseñanzas de la historia, que los hombres que fueron fuertes, inteligentes y honrados, solucionaron situaciones muy difíciles en el ejercicio del gobierno, salvaron los destinos de su patria y se conquistaron un nombre inmortal en las páginas de la historia.

Energía, inteligencia y honradez, son las condiciones primordiales de todo buen gobierno. Pero tales condiciones deben ser de aplicación simultánea; ellas constituyen un triángulo equilátero como símbolo de la felicidad nacional. Prescindir con intención o sin ella de cualquiera de dichos factores, equivale a menguar la eficacia material y moral de dicho simbolismo y por consiguiente, a disminuir la integridad y prestigio del gobierno.

Seamos más claros. La energía sola, no resuelve ninguna situación difícil, si no la asiste la inteligencia y la hombría de bien; así aislada sería genitora de toda clase de errores y de males. La honradez, es igualmente estéril para el bien y fecunda para el mal, si no la acompañan la inteligencia y la energía. Y la inteligencia de cualquier gobernante será siempre una cualidad negativa, si la energía y la honradez no le prestan su indispensable cooperación.

El gobernante que reúna las tres condiciones enumeradas, dará a la República buena suma de felicidad. La historia de Honduras nos señala de medio siglo para acá, entre los gobernantes fallecidos, los nombres ilustres de Marco Aurelio Soto y Policarpo Bonilla que reunieron en lógica armonía aquellas tres grandes cualidades. El primero hizo una administración sabia y fecunda; y el

segundo, aunque no logró hacer tanto por los compromisos de su gobierno con una revolución sangrienta y dilatada, entregó el poder en paz y dentro de la ley, y legó a la nación por este sólo hecho, un capital de felicidad y de progreso. La historia nos presenta también el caso del general López Gutiérrez, que siendo de una honradez notoria en la nación, pero carente de las otras dos condiciones, fue un fracaso completo y una hecatombe pavorosa que todavía deploramos.

Energía, inteligencia y honradez, debían ser, en el dinamismo de nuestra vida política social, los tres factores ineludibles. Los pueblos deben exigirlos en aquellos que van a ser sus gobernantes; éstos no deben descuidarlos en quienes han de ser sus funcionarios; y toda la jerarquía de la administración pública, debiera estar sujeta a la misma pauta de salvación nacional.

Tres épocas en Guatemala

En la segunda mitad del año de 1913 llegué por primera vez a Guatemala. Era entonces un adolescente florecido de ver que paseaba su bohemia trashumante en compañía de quienes, como yo, enamorados de la gloria, se habían hecho un mundo de cariño amparados por la luminosa fraternidad de las estrellas.

Un año después llegó Ricardo Arenales (Porfirio Barba Jacob). Inmediatamente empezó a escribir un libro sobre Guatemala, sin haber tenido otra visión del país que la del paso del ferrocarril a la estación de la capital y de aquí a su cuarto del Hotel de España, donde se hospedaba. Pero aquella conciencia estaba compensada con numerosos libros históricos sobre Guatemala, con datos que le daban los intelectuales amigos y con la formidable inteligencia del autor.

Casi diariamente escribía Arenales un capítulo de la obra, el cual se imprimía en el acto para enviarlo a Estrada Cabrera. Al tercero o cuarto capítulo, el dictador se había entusiasmado y mandó al hotel por la cuenta del escritor. El hotelero subió presuroso a la habitación del poeta para preguntarle si deseaba exagerar la cuenta, a fin de que le quedaran algunos dineros. Arenales se irguió indignado, exclamando: ¡Cómo quiere usted que engañe a un hombre dispuesto a servirme de manera tan generosa! Simplemente donde la cuenta es de licores, ponga usted alimentos o lo que le plazca. Y nada más.

Desde ese momento el crédito del portalira en el Hotel fue ilimitado. En su cuarto, convertido en una verdadera bodega, las botellas conteniendo los más finos licores o la endemoniada mezcla que Arenales hacía de todos ellos y a la que daba el nombre de "arenalina" se enfilaban junto a las paredes.

Frecuentemente un grupo de intelectuales bebíamos y nos banqueteábamos invitados por el poeta, y desde el crepúsculo a la amanecida nos reuníamos en su aposento a leer y recitar poemas. El ruido de aquellas veladas líricas era tremendo y naturalmente no dejaba dormir a los demás huéspedes del hotel. Pero no se quejaban, o si lo hicieron no lo supimos porque jamás se nos llamó la atención. Estrada Cabrera era uno de esos tiranos a quienes no preocupaban los escándalos de los devotos de la poesía. Al contrario, los fomentaba. Su tolerancia en este sentido era una hábil manera de dar a los intelectuales una puerta de escape al despotismo y mantenerlos alejados de toda actividad política.

Entretanto bajo aquella tormenta lírica, el poeta seguía adelante. Un día sin embargo, Arenales escribió que el Cuartel de Artillería de la ciudad de Guatemala lo principió el gobierno del general José María Reina Barrios y lo terminó el de Estrada Cabrera. El capítulo fue devuelto con una carta diciendo que el autor estaba equivocado porque el Cuartel se había construido desde sus cimientos bajo la Administración de Don Manuel. Arenales contestó que el dato lo había obtenido en varias obras históricas consultadas, pero que se enmendaría el error. A pesar de todo, desde ese momento el tirano se refugió en un imperturbable silencio, no pagó la cuenta del hotel que había pedido y quebraron, como consecuencia, el hotelero y el editor de "Las tierras de

Canaán", que tal era, si mal no recuerdo, el título del libro. Arenales quedó en la miseria, y abrumado de deudas salió algunos días más tarde rumbo a La Habana, ayudado económicamente por varios amigos.

A principios de 1915 salí yo para New York y regresé a Guatemala casi siete años después, en diciembre de 1921. Ya en esa época mi fiebre lírica se había atenuado e hice entonces labor periodística como jefe de Redacción de Diario Nuevo y más tarde como Director de la misma publicación. Era Presidente de la República don Carlos Herrera, y había libertades. Pero al año, más o menos, el gobernante fue derrocado por un cuartelazo y a poco, con la excusa de que "la ola revolucionaria amenazaba allende el Suchiate" fue suprimida toda la prensa independiente. Nada de eso había en realidad. Era solamente que un empréstito, que figuraba entre las tres condiciones para el reconocimiento del régimen de facto, fue desechado en la Cámara, debido a la firme oposición de la prensa libre.

Nos reunimos para protestar por el atropello y se me comisionó para redactar la protesta. Una vez leída, Federico Hernández de León, destacado periodista guatemalteco y uno de mis nobles amigos, me preguntó; "¿Te han tenido varios años en la cárcel? ¿Alguna vez te han dado de palos?". Contestéle que no. "Pues a mí sí", repuso Federico, "pero voy a firmar". Acto seguido firmamos todos, y la protesta se envió a la Cámara.

Sin posibilidades ya de hacer una labor independiente en la prensa, salí de Guatemala a fines de 1922, para no regresar sino hasta principios del mes pasado.

He visto a Guatemala en distintas épocas. La he visto en mi adolescencia, bajo la tiranía de Manuel Estrada Cabrera. La he visto en mi juventud, bajo el relámpago de libertad de Don Carlos Herrera, y he vuelto a verla ya viejo, bajo el régimen actual. La visión de esas tres épocas me permite, mediante un examen comparativo, formarme un juicio, siquiera sea somero, sobre el porvenir de la democracia que acaba de inaugurarse en la hermana república de Centro América. Tal será el tema del próximo artículo.

Cristo

Jesús de Nazareth trae a la humanidad ese impulso de cohesión característico de la Naturaleza hacia todo lo que vive, y le da sentido de fraternidad universal al amor humano.

Nunca antes de él se había iniciado un movimiento más fervoroso ni más amplio hacia la integración de la solidaridad de nuestra especie. El cristianismo se levantaba ennoblecido por un destello redentor que atraía hacia su centro la caravana de todos los oprimidos. Fue la primera estrella de esperanza en la cual se posaron los ojos desvalidos, seguros de que en ella ardía la oportunidad de eliminar su infortunio, forjando la paz en la tierra sobre la supresión de las convencionales desigualdades impuestas por quienes gozan de lo superfluo, mientras la generalidad carece de lo indispensable.

Iba a desaparecer del género humano la condición divisionista del clan, para que pudiese establecer su unidad sin fronteras territoriales, ni de privilegio, ni de raza. Asistíamos a la muerte del egoísmo opresor, para inaugurar el reinado de la justicia sobre la tierra.

Una conciencia universal del amor recíproco entre los hombres tomaba forma, crecía y se vigorizaba sin cesar. La raza humana contemplaba que se le abrían las puertas de la concordia y la felicidad. Cristo era la visita del destino.

Evidentemente, el Nazareno fue la intuición más poderosa porque habló en su tiempo de la esencia de la vida. Su doctrina irisada de generosos destellos, era una dulce aurora que presagiaba un nuevo amanecer para todos los desventurados; pero no estaba basada en la lucha, sino en la resignación: no tenía sus raíces en la tierra, sino más allá de la vida. Dio, por eso, el fruto que necesariamente debía dar: un manantial de sueños corriendo sobre la impacible roca en que se sustentan todas las divisiones, todas las desigualdades, todos los privilegios, todas las divisiones, todas las iniquidades que pesan sobre la Humanidad.

Faltaron al soñador las bases materiales para convertir su sueño en realidad. Por eso su imperio, que ha durado milenios, nunca pudo ser otra cosa que una fuerza espiritual a que se agarraban las manos desoladas de la desesperación para llorar sus desventuras.

Jesús sabía que su reino no era de este mundo, sentencia en que se advierte la intuición de que su doctrina no podría reformarlo. Sin embargo, el cristianismo señaló principios que condenan la iniquidad. Lo que no hizo fue precisar los medios para hacer posible la vida de la justicia. Pero su aportación basta para comprender que lo mejor de su esencia humana quedará viviendo sin marchitarse mientras la Humanidad exista.

Sobre la desesperanza del sueño frustrado llegó Carlos Marx, decidido a encontrar las formas de su realización. Como el otro, este gran judío se empeñó

en buscar la causa de todas las iniquidades que Jesús condenó, y una vez que la hubo descubierto indicó los medios para combatirla.

Una Humanidad sin fronteras ni privilegios; una Humanidad sin diferencias económicas ni de raza; una Humanidad sin opresores ni oprimidos predicaba Cristo, y esa misma Humanidad ansiaba ver vivir sobre la tierra Carlos Marx.

Una Humanidad unida por el amor para marchar fraternalmente a la conquista de su destino quería el Nazareno, y a esa misma Humanidad aspira toda la obra de Marx.

Una Humanidad en que la justicia impere sobre la tierra para que la paz, y la felicidad sean la norma constante de la raza humana que buscaba el cristianismo, y esa misma finalidad alienta en toda la estructura del marxismo.

La determinación de Marx fue la de que cuanto el cristianismo tiene de generoso y de humano, deje de ser una dulce teoría y funcione en la vida. Marx ha dado las aportaciones materiales para que la aspiración que sólo tuvo con el cristianismo realización espiritual, llegue a ser práctica en las relaciones humanas.

El socialismo está empeñado en construir y ha empezado a construir ese vasto edificio en que debe alojarse la justicia a reinar sobre la tierra, como lo quería Jesús.

Por eso Carlos Marx, como su predecesor, ha sido para los oprimidos, para todo el género humano, la nueva visita del destino.

La mayor diferencia entre Cristo y Marx es que el primero predica la resignación y no la lucha, como medio de obtener la felicidad si no en este mundo más allá de la vida, en tanto que el segundo finca sus concepciones en la tierra y dentro de la tierra, busca todo lo que puede contribuir a la grandeza y a la dicha del hombre. Para Marx la redención humana no puede ser una dádiva celeste, ni una limosna de los poderosos.

Si se examinan con afán de servir los intereses de la Humanidad las aspiraciones del cristianismo y del socialismo, fácilmente se comprenderá que no se excluyen sino que se complementan.

Cristo y Marx forjan una misma bandera: la de la redención humana. Los aduladores convencionales del cristianismo verdadero y que aparentan representarlo, pueden sostener lo contrario; pero eso no destruye la justicia de nuestra afirmación.

Francisco Morazán

Una vida con esencia integral de humanidad, eso es el héroe. Los verdaderos héroes encarnan en armoniosa síntesis, ese hálito de porvenir, ese impulso creador, ese afán de justicia que hay en los pueblos.

Concentración de las más altas virtudes humanas, el héroe lleva en él mismo la unidad y la refleja. Por eso todos los grandes atraen, unifican. Para ellos la dispersión es atmósfera de asfixia y de fracaso.

Producto de la unidad es el héroe. En la unidad se mueve, en la unidad concibe y en la unidad crea. Eco de las aspiraciones colectivas, no puede eludirlas. Por ellas batalla, y persiguiéndolas triunfa o sucumbe.

Francisco Morazán, héroe de la unidad de Centroamérica, quiso que no cesaran de ser una sola patria los cinco países atrasados, minúsculos y pobres que integran ese pedazo del mundo. Y en pos de esa finalidad pereció el 15 de septiembre de 1842.

Murió el héroe de la Patria Grande, pero quedaban en pie, con la aspiración insatisfecha, alertas al horizonte del porvenir, leales a su destino, los pueblos que lo habían engendrado.

Humilde, casi ignorado, es el campo en donde el máximo varón centroamericano desarrollaba su pelea; pero en donde quiera que un hombre luche por unificar pueblos contribuye a redimirlos y trabaja por integrar la suprema unidad de la raza humana, condición necesaria para que haya libertad en el mundo.

Pueblos unidos, son pueblos libres. Pueblos divididos tienen que ser pueblos esclavos. La disgregación es el arma con que ha ganado todas sus victorias la injusticia. Y en cambio, la unidad es madre de toda redención y de todo progreso. No ha de confundirse la unidad con la construcción de imperios. Eso no es unificar, sino dividir; no es matar esclavitudes, sino vigorizarlas; no es salvar el derecho, sino asesinarlo; no es fomentar el progreso, sino impedirlo.

Morazán no andaba construyendo imperios, no andaba forjando cadenas de ignorancia ni de explotación ni de tiranía: Luchaba por la unión que su pueblo siempre ha querido, porque en ella ve su engrandecimiento y su libertad. Expresión leal del afán popular, Morazán se anticipaba al porvenir. Pereció en el empeño, no porque fuese militar y no estadista, como errónea, superficial o intencionadamente, sin base en la realidad, afirman algunos, sino porque dentro y fuera, minorías regresivas, poderosas por su fuerza económica, le cerraron el camino.

Pero la lucha por unificar pueblos no termina. Morazán, soldado caído en la batalla no es un fracasado. A la vuelta de un siglo, el mundo pelea, hundido en la mayor de sus catástrofes, por conquistar la unidad, no sólo parcial sino integral de los hombres. Quizás no logre realizarla decisivamente, quizás sí;

pero suceda lo que suceda, ninguna fuerza podrá impedir que nos acerquemos a ella. Cuando las naciones no estén regidas por minorías - y hacia esa meta avanzamos - la victoria del héroe centroamericano será decisiva. Por ahora, resulta un tanto ingenuo esperar que la reintegración de la Patria Morazánica sea expresión de la unidad popular.

Mientras imperen fuerzas minoritarias cuyos intereses resulten lesionados con la Unión de Centroamérica, podrá haber unidad artificial, de esclavitud común, pero no la unidad legítima de los pueblos, única que redime y engrandece.

Con la unidad putativa sólo tendría existencia para servir a los intereses que la crearon y no a los de los pueblos. El día que cualquier gobernante intentara convertir la unidad bastarda en unidad al servicio de las masas, no tardarían en surgir los patriotas separatistas encabezando revueltas, y se diría que los centroamericanos somos incapaces de vivir unidos, como antes se afirmó que lo éramos de gobernarnos. Como consecuencia se provocaría otra vez la disgregación, creando en el pueblo mismo y en la ignorancia letrada de cada Estado, la impresión de que realmente no hay base popular para construir la República Centroamericana. Y en vez de avanzar, habríamos retrocedido.

Para que la unidad sea real, lo básico es que impere la democracia. No esa democracia formalista y falaz que hemos vivido y continuamos viviendo, sino la que da a todos los hombres y a todos los pueblos iguales derechos y oportunidades en la realidad y no en la literatura de las leyes.

Sin independencia económica, ni los pueblos ni los hombres pueden ser libres. Y sin libertad, la Unión es un mito. Urge, por lo mismo, conquistar esa independencia para que la unidad sea factible y perdure.

Si de esta guerra surge el positivo respeto a la libre determinación de los pueblos, entonces sí habrá unidad legítima, permanente y no artificial ni esclavizante en Centroamérica. La habrá en el Continente entero y en el mundo, la tierra no será el campo de explotación y de sangre en que dirimen sus querellas la ambición y el odio; y cuantos lucharon por la solidaridad humana, por pequeño que haya sido el escenario en que se movieron, habrán conquistado, más allá de la muerte, el triunfo de sus aspiraciones y de su esfuerzo.

En tanto ese día no llegue, jamás podremos celebrar dignamente el aniversario de Francisco Morazán ni de ninguno de los héroes que han buscado en la unidad, la redención y la dicha del hombre.

La guerra irregular

El débil contra el fuerte

Hay una forma especial de lucha bélica a que los pueblos han acudido numerosas veces, desde la antigüedad hasta nuestros días, para expulsar de su territorio al invasor extraño o para derrocar tiranías internas: es la guerra irregular, pequeña guerra, guerra de paisanos o guerrilla como habitualmente se la llama.

Guerra de grupos, en su mayoría civiles con equipo escaso y heterogéneo, contra fuerzas superiores en número y en elementos, la guerrilla tiene como características esenciales la movilidad, la tenacidad, la astucia y la osadía, estimuladas por la pasión y la libertad. Sin imaginación, sin agilidad en el pensamiento y en la acción, sin empeño terco e intrepidez serena, no hay guerrillero.

En la lucha del débil contra el fuerte, la sorpresa es condición imprescindible. La guerrilla ha de dar golpes súbitos al enemigo cuando se estaciona desprevenido; ha de preparar emboscadas para atacar las cabezas de columna de las formaciones en marcha, retirándose antes de que sean reforzadas; ha de realizar incursiones, en la retaguardia, las comunicaciones y depósitos de abastecimientos; ha de idear celadas y estratagemas para engañar al adversario y batirle con facilidad, ha de atacar convoyes; en suma, la guerrilla ha de fraguar y aprovechar todas las oportunidades que se le presenten para hostilizar y debilitar al enemigo sin comprometerse a fondo, sino en aquellos casos en que sus fuerzas puedan ventajosamente batir al enemigo.

La noche debe ser compañera y cómplice de la guerra irregular. Bajo sus sombras es posible provocar la confusión en las formaciones enemigas y realizar fácilmente la retirada. Ella protege la marcha del guerrillero a través de los bosques y veredas, que le son familiares y que el adversario desconoce. Ella favorece el secreto de los movimientos rebeldes, garantía necesaria de su seguridad. Actividad nocturna y descanso diurno ha de ser la consigna general del guerrillero. La noche es alma y escudo de la pequeña guerra.

Resistencia, disciplina y sobriedad son también condiciones inherentes al éxito del guerrillero. La debilidad física es adversa al heroísmo del rebelde e impide la celeridad de la acción. Y la indisciplina y los excesos desarticulan y desacreditan el movimiento, engendrando pugnas interiores, destruyendo la cooperación popular e impidiendo el reconocimiento internacional, condiciones para alcanzar la meta perseguida.

Aunque la organización y el entrenamiento previos no han sido bases imprescindibles en una guerra de guerrillas, todo cuanto se haga para lograrlas redundará en beneficio de quienes los emprendan. Porque la guerra de paisanos si bien puede surgir sin conexión establecida y sin preparación anticipada entre los grupos que la integren, no puede alcanzar un desarrollo

eficaz en tanto estos grupos no se vinculen en forma que les permita poseer la necesaria elasticidad para dispersarse y reunirse en las horas requeridas.

Por sus propias modalidades la guerrilla no es en sí misma una forma decisiva de lucha. Su misión es gastar y fatigar al enemigo y reforzar sus filas con los elementos que al mismo arrebató, con los que el propio movimiento obtiene de otras fuentes y con la incorporación de nuevos guerrilleros, a fin de pasar más tarde, tan luego como sus fuerzas sean superiores a las del adversario o hayan, cuando menos, logrado equipararse a ellas, a la guerra regular, que es la que puede darle el éxito decisivo.

Pero al pesar y medir su propia fuerza y la del enemigo, el guerrillero debe dominar todo entusiasmo u optimismo exagerados. Ha de proceder con espíritu sereno, porque son numerosos los ejemplos en que el fracaso fue la resultante de aquellos que embriagados con sus triunfos sobreestimaron su poderío.

Prácticamente el guerrillero es un constructor. Su ingenio y su audacia construyen las bases de la victoria. Con ellas conquista, forja e improvisa los medios de combate. Sus actos de heroísmo, su propaganda inteligente y persistente, su obstinación indomeñable, su fina astucia fomentan la admiración nacional y extranjera, prestigian su causa, hacen resaltar su justicia y promueven un constante flujo de nuevos y valiosos recursos.

En la batalla por redimir a su patria de huestes extrañas o de tiranías interiores, el guerrillero es el porvenir de la libertad. De la indiferencia y del miedo, construye el entusiasmo y la herocidad. De la duda hacer nacer la fe. Transforma la dispersión en unidad y la debilidad en poderío.

Sobre todas las calumnias y las infamias que presentan a las guerrillas como hordas de bandidos, sobre todas las privaciones, las miserias y los sacrificios, sobre las defecciones y las traiciones, el guerrillero forja los cimientos de la victoria. Sus hazañas constituyen una sucesión de epopeyas y el mejor tributo que el hombre libre puede rendir a la justicia.

Nunca es posible, naturalmente, ser un auténtico guerrillero cuando la lucha se emprende con objetivos distintos de las grandes aspiraciones que mueven la conciencia del hombre. La ambición menuda y el odio deletéreo no son capaces de construir en ningún pueblo inerme y oprimido los elementos de la victoria.

Hay que alentar finalidades amplias, decisivas e inconfundibles para provocar el alzamiento general de un pueblo contra sus opresores. Y las banderas del egoísmo y de la división no pueden ser alma ni acicate en las rebeliones masivas de los pueblos.

La bandera de los laureles está hecha de unidad y justicia.

Campo propicio

Territorios extensos y montañosos, con deficientes vías de comunicación y escaso número de habitantes, son los que ofrecen mayores posibilidades a la guerra irregular. En la selva apretada, abundante de sorpresas, y en la montaña poblada de precipicios, desfiladeros y hondonadas, se refugia el guerrillero; y de la selva y de la montaña sale bajo las sombras a perpetrar sus asaltos.

Sus arremetidas poseen la eficacia de esos huracanes repentinos y fugaces, agresores inesperados que siembran el espanto y la muerte en la tierra sorprendida y pasan sin dejar la oportunidad de contrarrestarlos. Por doquiera la alevosía valerosa e impenitente del guerrillero cae a manera de pequeño e insospechado cataclismo en las filas enemigas para confundirlas, sangrarlas y desalentarlas.

Perseguidor y perseguido, este insurrecto, que siguiendo rutas inconcebibles y directas, transpone cumbres y abismos, aparece en todas partes sin que pueda localizársele en ninguna. El ritmo de relámpago de sus marchas, para presentarse hoy en un sitio y mañana en otro, da la impresión de que posee el don de ubicuidad. Y sobra decir que esta virtud de omnipresencia es uno de los grandes factores en la efectividad de sus acometidas.

Atacar y huir llevándose todo lo que puede y le es útil; pero destruyendo cuanto le es dable y puede servir al enemigo es la táctica necesaria del guerrillero. El enemigo recibe el golpe y cuando, libre ya de la confusión de la sorpresa, se dispone a combatir, el atacante disuelto en la dispersión y la fuga ha desaparecido. Las fuerzas regulares se enfrentan entonces al vacío y, pese a la superioridad de su número y de sus elementos, resultan impotentes para llevar a cabo el desquite.

Todos los obstáculos naturales bien escogidos y aprovechados facilitan la acción del guerrillero; pero pueden también serle adversos, si no actúa con la discreción, la rapidez y la oportunidad requeridas.

Aunque la guerra irregular no es en sí misma una guerra decisiva, en países pobres, carentes de ejército, es capaz, sin embargo, de conducir un despotismo a la bancarrota económica y derribarle en un plazo relativamente corto, sin librar una sola acción. La simple movilidad y el amago constante, la destrucción e interrupción de las vías de comunicación, la destrucción y el ocultamiento de la subsistencia pueden dar a la guerrilla una victoria que, salvo pérdidas accidentales y mínimas, pudieran llamarse una guerra blanca.

Armas del guerrillero

Son armas del guerrillero las pocas y disímiles que ha logrado reunir, las que construye e inventa su ingenio y las que aporta su osadía.

Armas ligeras y rápidas, de alta potencia destructora, que no menoscaben la agilidad de sus movimientos, son las que necesita la guerra irregular, aunque también le sirven algunas, en sí mismas relativamente inofensivas, que por su gran volumen de fuego llevan al enemigo la impresión de un poderío mayor.

Pero el guerrillero hace milagros. Forzado por la necesidad, aguijoneado por su devoción a la libertad, descubre medios de combate en todas partes y en todas las cosas. En veces una enorme roca o un inmenso bloque de montaña próximos a derrumbarse en las orillas de un camino, las hace caer sobre las filas enemigas desarticulando su marcha, paralizándolas, confundiéndolas e infligiéndoles bajas apreciables sin perjuicio de atacarlas en el momento mismo de su confusión y de su parálisis.

De la nada saca el guerrillero medios de lucha. Nadie es capaz de concebir todas las armas que puede inventar la libertad perseguida y resuelta a vencer o a morir.

Fe absoluta

Aquellos que por su incompreensión, por cobardía o porque les falta el estímulo de un ideal elevado dudan de la eficacia de la guerra irregular, no deben intentarla. Esta clase de guerra demanda una fe absoluta de parte de quienes la emprenden, porque sólo de esa fe surgen la resolución osada, el ingenio, la astucia, la terquedad y todas las virtudes que son imprescindibles para mantener al guerrillero firme y sereno ante los reveses.

Los escépticos, careciendo como carecen de la resistencia requerida para las luchas largas y penosas, pronto desesperan de la dispersión y se agrupan para marchar siempre juntos con la mira de acortar la lucha presentando acciones regulares. Decididos a capturar plazas y a retenerlas, incurren en el error mortal de fijarse y, dada la superioridad del enemigo, pronto agotan sus elementos, llegan a ser envueltos y su fin es el fracaso irremediable, muchas veces sin haber antes sufrido una sola derrota.

El ideal de la lucha, cuyos objetivos deben contenerse en un programa al que ha de darse la mayor circulación posible, es algo indispensable. Sin una meta decorosa y justa, limpia de particularismos egoístas, la guerra irregular no unifica sino que divide la población civil. Y con la falta de esa unidad, que resta cooperación a la rebeldía y favorece, en cambio, al invasor extranjero o a la tiranía doméstica, no es posible triunfar.

Pequeña fuerza decidida a engrandecerse mediante la audacia calculadora e inagotable, a la par que por la altura de sus finalidades; lucha clandestina que no se precipita ni se duerme, que no se amilana ni se engríe, y que llevando por norma la defensiva anda, sin embargo, como al acecho temerario y permanente en torno del enemigo preparando la oportunidad de agredirle, es la guerrilla. Y naturalmente los tímidos y los desesperados, los escépticos y los superoptimistas, los divisionistas y los ególatras, los viciosos y los indisciplinados, los incapaces de resistir los rigores de la naturaleza y las amarguras de los reveses, esos no tienen madera de guerrilleros.

Grandes guerrilleros

Son milenarias las luchas del hombre contra el hombre para imponer su imperio sobre determinados sitios de la tierra, para arrebatarse a sus semejantes los bienes poseídos o para explotar su fuerza de trabajo como esclavos.

Los grupos más numerosos se han lanzado contra los grupos menores para despojarlos y subyugarlos. Y de estas pugnas desiguales surgió para el débil la necesidad de buscar medios defensivos contra el fuerte.

En la propia etapa del pastoreo trashumante, el hombre defendía contra el hombre sus ganados y los sitios donde pastaban.

En la edad agrícola tuvo que luchar contra el asalto de quienes se congregaban para arrebatarse las tierras en que se había establecido. Y más tarde, cuando el progreso de los medios de producción le permiten producir en cantidad mayor a la necesaria para la propia satisfacción de sus necesidades, se inaugura el esclavismo y con él las guerras de conquista para reducirle a la condición de siervo.

La edad industrial, no obstante la abolición del esclavismo primitivo y de los grandes progresos realizados por el derecho y por las distintas manifestaciones de la actividad humana, no ha conseguido poner fin a la batalla de la fuerza contra la debilidad, de la justicia contra la iniquidad, y en ella nos debatimos aún por encontrar una forma de convivencia que liquide la rapiña y haga posible que el progreso se desenvuelva al amparo de la cooperación de todos y fuera de la histórica tragedia que viene ahogando la justicia y encadenando la libertad. La guerra irregular ha sido uno de los métodos defensivos con que el débil se ha enfrentado al asalto y a la opresión del poderoso. Grandes guerrilleros ha tenido el mundo. Antes de Jesucristo, en su lucha contra la dominación romana, la vieja Iberia tuvo a Viriato, héroe legendario cuya estatua, indenne a los azares del tiempo, vive permanente en la conciencia del hombre libre.

Cuando la invasión napoleónica, la España de la época moderna tuvo a Juan Martín Díaz, "El Empecinado", y a Francisco Javier Mina, quien no fue

solamente un héroe español, sino un combatiente cuyo amor a la libertad no reconocía fronteras. De ahí que diera su vida por la independencia de México.

En nuestro Continente, los Estados Unidos tuvieron a Washington, la América del Sur a Bolívar, a San Martín, a O'Higgins y a cien más; México tuvo a Hidalgo, a Morelos, a Juárez, a Villa, a Zapata; y Centroamérica a Sandino.

En la campaña contra Bonaparte, la vieja Rusia tuvo sus cosacos. Y más tarde, la Unión Soviética, en su lucha revolucionaria, tuvo a Budienny, a Tachapaief, a Ielagne y a tantos otros.

Generalmente se ha dado a los guerrilleros el sobrenombre de bandidos o cuando menos el de aventureros. Pero estos bandidos llenan la historia y la iluminan con el eterno resplandor de su heroísmo y de su culto, algunas veces contradictorio, pero siempre sincero por la libertad y la justicia.

La contribución del guerrillero genuino a la independencia y al derecho de los pueblos, pese a los errores en que pudieran, por falta de apreciación o de visión, haber incurrido en determinados momentos, es tan evidente y tan viva que las fuerzas empeñadas en perpetuar la esclavitud del mundo, nunca han podido mantenerla indefinidamente ensombrecida. Esa aportación ha surgido siempre, sobre todas las calumnias y sobre todas las infamias, más vigorosa y rutilante.

Superación de la guerrilla

Era opinión de la mayoría que con el enorme progreso de los medios de combate, la guerra irregular representaba una forma de lucha liquidada. No había posibilidades para la guerra de pequeños grupos. El avance de la técnica había matado a la guerrilla.

Se creyó que los aviones y los tanques eran armas decisivas contra la guerra irregular. Pero la aviación es impotente para aniquilar grupos de hombres que marchan bajo las sombras de la noche y durante el día se refugian en los bosques. Nada puede tampoco contra grupos que se dispersan con la celeridad del relámpago y se reúnen más tarde, en lugares previamente convenidos.

Y los tanques no son efectivos en selvas intrincadas y en terrenos abruptos. Su persecución a los guerrilleros por esta clase de campos, antes bien les expondría a ser destruidos y hasta capturados.

La técnica no ha matado, sino fomentado y acrecido las posibilidades de la guerrilla. China ha tenido una legión de guerrilleros en su larga lucha contra la invasión japonesa. La cooperación de los maquis en la liberación de Francia, ha sido estupenda y lo mismo la de los griegos y los belgas.

Los guerrilleros yugoslavos, bajo el mando del mariscal Tito, golpearon incansable y eficazmente a los fascistas alemanes e italianos y llegaron a construir un ejército poderoso con el cual hicieron morder el polvo a los nazis en múltiples combates y se baten hoy, al lado del Ejército Rojo, expulsando de su suelo a los invasores.

En la Unión Soviética, la preparación militar del pueblo, sin limitaciones de edades ni de sexos, proveyéndole de armas, enseñándole su manejo y estableciendo un enlace directo entre ese mismo pueblo y el ejército, produjo una cooperación tan efectiva entre las fuerzas regulares y las populares que en la hora de la lucha contra el invasor, no fue solamente el ejército el que se enfrentó al enemigo, sino la nación entera.

Mediante esa combinación estrecha entre el ejército y el pueblo, la guerrilla no fue ya una simple actitud de paisanos desorganizados y mal armados contra un enemigo superior, sino la acción total, inteligente y coordinada de la nación contra el invasor.

Se comprende que la guerrilla, lucha con aliento de pueblo, en vez de morir tiene ya muchas de las características de la guerra regular.

El libro hondureño

En nota editorial reciente, nos permitimos excitar al doctor Salvador Corleto, Ministro de Educación Pública, para que hiciera editar, por cuenta del Estado, la obra de nuestros próceres. Acabamos de recibir la respuesta a nuestra excitativa.

Reconoce el distinguido Ministro el valor de la sugerencias de nuestro editorial, y nos manifiesta que desde mayo ha venido celebrando una serie de conferencias con profesores distinguidos como Rojas y Hernández, y con nuestro gran poeta Luis Andrés Zúniga para consagrarse al cultivo de nuestra bibliografía, no solamente en cuanto atañe a la edición de obras nacionales sino de libros extranjeros que se refieran a Honduras.

Hace después el doctor Corleto un breve recuento de las gestiones que por encargo de los doctores Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa llevó a cabo en Guatemala el poeta Joaquín Palma ante la familia del Sabio Valle para conseguir sus manuscritos, y concluye declarándonos su propósito de solicitar del Congreso Nacional en sus próximas sesiones la suma necesaria para el libro hondureño.

De continuar el doctor Corleto en el Ministerio de Educación Pública, su nota revela que en 1932 tendremos una colección de volúmenes de nuestros próceres, que ha de ser algo así como la obra clásica de nuestra literatura y de nuestra política. El Libro Hondureño -y ningún nombre mejor ni más preciso para designar nuestro acervo intelectual- irá entonces de uno a otro extremo de la Tierra revelando al mundo que no constituimos un grupo de salvajes nacidos para la montonera y para el odio, sino un pueblo altivo que viene luchando, desde hace más de un siglo, con tenacidad inimitable, contra todos los obstáculos, contra todos los acechos malintencionados que atajan su progreso, por constituir una nación pacífica, seria y laboriosa en donde el respeto a la libertad y a la ley sean norma y ejemplo.

A la obra de nuestros próceres ha de seguir la de otros intelectuales desaparecidos, que son muchos y valiosos. Y a la de éstos la de los que viven hoy, consagrados ya por la fuerza de su pensamiento y de su numen.

Es inconcebible la eficacia que tendrá contra la propaganda injusta que se nos hace en el exterior, la exportación del pensamiento nacional. Porque un pueblo que piensa y siente como ha pensado y sentido el pueblo hondureño, tiene por mil títulos derecho a la libertad y a todos los beneficios de la civilización. Honduras merece desenvolverse feliz y tranquila, y se desenvolverá. Cayendo hoy y levantándose mañana, levantará sobre base permanente su porvenir para cooperar sistemáticamente al mejoramiento de la sociedad civilizada. Dios está con nosotros.

Pero ayudémonos. Luchemos contra las fuerzas oscuras y busquemos en el orden, en el trabajo y en la paz, el camino de nuestra redención.

El Libro Hondureño será una noble simiente, de la cual podrá Honduras recoger una abundosa y bienhechora cosecha de prestigio.

El corrector de pruebas

En concepto de la generalidad, corregir pruebas no ofrece mayores dificultades ni conocimientos especiales. Unos cuantos signos convencionales, algo de gramática, buena vista, paciencia de pedernal y la posesión de un diccionario, se consideran virtudes suficientes para iniciarse con buen éxito en el oficio. Este es el criterio. Y sin embargo, la corrección de pruebas no es labor que se encomienda en los grandes periódicos, sino a periodistas de entusiasmo, de experiencia, de responsabilidad y de cultura, no obstante que en esas publicaciones su labor se simplifica, porque los escritos, cuando pasan a los tipógrafos, han sido previamente revisados por los correctores de estilo.

En donde falta el corrector de estilo, el trabajo del corrector de pruebas se vuelve más complicado y difícil, porque no se limita a la correcta escritura de las palabras, sino que se extiende a su sentido, al lugar que ocupan, a la comprensión del pensamiento total del escritor, condiciones necesarias para descubrir las contradicciones manifiestas internas y las ideas contrarias a la ideología del periódico que puedan existir.

El corrector de pruebas tiene que ser, en este caso, hombre de mente despierta, de concepción rápida, de espíritu perspicaz, cuya cultura y cuya agudeza sean capaces de sorprender, a primera vista, los errores, las inconveniencias y los absurdos de los escritos. Su labor es comparable a la de un crítico que sumara a su discreción y a su sabiduría la ágil sagacidad del periodista.

Esta última función es demasiado difícil y, naturalmente, no puede exigirse en medios en donde las publicaciones carecen de una poderosa fuerza económica, aunque sí es posible y justo reclamar que el corrector se sujete siquiera a la letra de los originales. A pesar de todo, no sucede así, más por negligencia que por ignorancia.

Como los correctores de pruebas generalmente no corrigen conceptos sino palabras, y como no quieren tomarse el trabajo de consultar el original, es obvio que si el autor escribió "casa" y en la prueba aparece "masa", el corrector no corrige porque masa es un palabra perfectamente bien escrita.

Hay ocasiones en que no se trata de un simple cambio de palabras, sino que la supresión de frases y aun de párrafos enteros. Como el corrector sólo fija su ojo y su mente en la fisonomía ortográfica de los vocablos, no se da cuenta de la supresión, y el escritor aparece como un idiota. Esta clase de falta es más frecuente de lo que los lectores puedan imaginarse.

Otras veces el corrector corrige lo correcto. En el mundo que llevamos recorrido, hemos luchado "por que", estas dos palabras que van entre comillas, sinónimas en este caso, de "para que", se dejen como las hemos escrito, es decir, separadas, y jamás, se impone confesarlo, lo hemos logrado sino por excepción imputable a sabio descuido de los correctores. Tal vez por eso, convencidos de que nuestro "por que" está condenado al matrimonio sin divorcio, nos hemos conformado con su perpetua esclavitud conyugal.

Sería inútil hablar de los errores de prosodia y puntuación que alteran el sentido de las frases y sobre todo el deseo y las intenciones de los que escribimos. Bastaría decir que algunas veces en que creímos comernos una papa, hemos sentido el horror de engullirnos a nuestro papá, y que otras, cuando dichosamente no tenemos hambre, una simple coma correccional y gratuita, después de la negación, nos ha impuesto la desgracia de abrirnos el apetito, para convencerse de que lo que se publica en los periódicos no es siempre el pensamiento de quienes escriben, sino de los que corrigen.

No debemos, sin embargo, ser injustos. Los errores no son monopolio de los correctores de pruebas. En ellos incurrimos constantemente cuantos nos dedicamos a escribir, unas veces por precipitación y las más por ignorancia. Hacemos esta salvedad, porque si es cierto que en todas partes se siente la falta de verdaderos correctores de pruebas, mayor es la penuria de gentes que sepan escribir. Y esta última desgracia, lo reconocemos avergonzados, pesa sobre nosotros.

Lo esencial

Lo esencial no está en ser poeta, ni artista, ni filósofo. Lo esencial es que cada uno tenga la dignidad de su trabajo, la alegría de su trabajo, la conciencia de su trabajo.

El orgullo de hacer las cosas bien, el entusiasmo de sentirse satisfecho, de querer lo suyo, es la sana recompensa de los fuertes, de los que tienen el corazón robusto y el espíritu límpido.

Dentro de los sagrados números de la Naturaleza, ninguna labor bien hecha vale menos, ninguna vale más. Todos somos algo necesario y valioso en la marcha del mundo. El que construye la torre y el que construye la cabaña; el que teje los mantos imperiales y el que cose el traje humilde del obrero; el que fabrica las sandalias de sedas imponderables y el que prepara la ruda suela que defiende en la heredad el pie del trabajador. Todos somos algo, representamos algo, hacemos vivir algo.

El que siembra el grano que sustenta nuestro cuerpo vale tanto como el que siembra la semilla que nutre nuestro espíritu, como que en ambas labores va envuelto algo trascendental, noble y humano: dilatar la vida.

Tallar una estatua, pulir una joya, aprisionar un ritmo, animar un lienzo, son cosas admirables. Hacer fecunda la heredad estéril y poblarla de florestas y manantiales, tener un hijo inteligente y bello y luego pulirle y amarle; enseñarle a desnudarse el corazón y a vivir a tono con la armonía del mundo, esas son cosas eternas.

Nadie se avergüence de su labor, nadie repudie su obra si en ella ha puesto el afecto diligente y el entusiasmo fecundo. Nadie envidie a nadie, que ninguno podrá regalarle el don ajeno ni restarle el propio. La envidia es una carcoma de las maderas podridas, nunca de los árboles lozanos. Ensanche y eleve cada uno lo suyo; defiéndase y escúdense contra toda mala tentación, que si en la palabra religiosa Dios nos da el pan nuestro de cada día, en la satisfacción del esfuerzo legítimo nos brinda la actividad y el sosiego.

Lo triste, lo malo, lo dañino es el enjuto del alma, el que lo niega todo, el incapaz de admirar y de querer. Lo nocivo es el necio, el inmodesto, el que nunca ha hecho nada y lo censura todo, el que jamás ha sido amado y repudia el amor; pero el que trabaja, el que gana su pan y nutre su alegría, el justo, el noble, el bueno, para ese sacudirá el porvenir sus ramajes cuajados de flores y rocío, ya tale montes o cincele poemas.

Nadie se sienta menos. Nadie maldiga a nadie. Nadie desdeñe a nadie. La cumbre espiritual del hombre ha sido el retorno al abrazo de las cosas humildes.

FUENTES

- *El heraldo. Hondulibros Núm. 4.* Tegucigalpa, 29 de diciembre de 1996.

- *Revista Sectante.* Secretaría de Cultura, Turismo e Información. Tegucigalpa. Marzo/abril 1976. Año 1, núm. 3.

- *La inconformidad del hombre.* Alfonso Guillén Zelaya. Primera serie de autores hondureños. Secretaría de Cultura, Turismo e Información. Tegucigalpa, s/f.

- *Alfonso Guillén Zelaya, conciencia de una época.* Editorial Universitaria UNAH. Tegucigalpa, 2000.